

OROZCO. Ya... (Vacilando.) Pero... (Ademán de sacarle los papeles del pecho.)

AUGUST. Pero qué? dudas?... (Con valor temerario, mostrando el seno.) Sácalo.

OROZCO. (Después de vacilar un instante.) No. Déjame. (Empujándola hacia la alcoba.) Á dormir.

AUGUST. ¡A esperar! (Vase.) (Orozco se sienta y lee con profunda atención.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete lujoso en casa de *la Peri*. Es de día.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO, LINA, después INFANTE

FEDERIC. ¿Está?

LINA. Sí. ¿Quiere usted pasar al tocador?

FEDERIC. ¿Hay alguien?

LINA. Sí, un señorito. Ha llegado hace diez minutos. En la sala está (señalando á la izquierda) leyendo los periódicos. Siéntese un ratito. Leonor sabe que es usted, porque me dijo: «Corre á abrir, que debe de ser ese.»

FEDERIC. Aquí todos somos *eses*... Díme: (llamando á la criada, que se retira) ¿Y quién es... ese?

LINA. Don Manolito Infante.

FEDERIC. ¡Infante!

LINA. Sí... Le diré á usted. Anoche estuvieron aquí de broma, hasta las tantas, el D. Manolito, ese otro, que también es diputado...

FEDERIC. Sí, Villalonga... buen punto.

LINA. Aquel otro tan estirado, que todo se lo sabe...

FEDERIC. Malibrán.

LINA. Alias D. Cornelio, justo... y el marqués, el marqués de casa. Jugaron, cenaron y se divirtieron

como demonios. Leonor pidió tres billetes de caballero y cinco de señora para el baile de esta noche en el teatro Real. El Malibrán dijo que no había ya billetes de caballero, y que apostaba una merienda en Aranjuez á que no se conseguiría ninguno. Infante aceptó la apuesta, y dijo: «Mañana, antes de las once, están aquí los ocho billetes,» y ha cumplido... ¡pobrecito! Entró un momento antes que usted.

FEDERIC. ¡Caramba! (Receloso, mirando hacia la izquierda.) Sentiré que me vea.

LINA. ¡Quiá!... no le verá á usted...

INFANT. (Asomándose á la puerta.) ¡Federiquín... tú...!

FEDERIC. ¡Manolo... tú...!

INFANT. Sí, hijo de mi alma, yo soy; yo, tu siempre fiel amigo. No me riñas por verme aquí. Te contaré...

FEDERIC. Ya me lo ha contado ésta...

INFANT. Pero, dime, ¿y cómo...?

FEDERIC. No me riñas tú ahora, después que he sido yo tan indulgente...

INFANT. Pues indulgencia recíproca. Oye. He tenido el gustazo de ganarle una apuesta á Malibrán... Tontería, puerilidad si quieres. Este condenado amor propio... Ahora explícame tú...

FEDERIC. No vengo á traer billetes ni á ganar apuestas. Tengo que decir cuatro palabras á Leonor. (A Celestina.) ¿Tardará en salir?

INFANT. Pasa, hombre. Eres de confianza.

LINA. No hay nadie. El peluquero, lo modista y dos prenderas.

FEDERIC. Plantón tenemos.

INFANT. Pues yo no. Mira (dando los billetes á la criada) dale los billetes, y que se prepare para la meriendita que hemos ganado.

ESCENA II

FEDERICO; INFANTE

FEDERIC. Bueno, bueno, bueno... (Mira su reloj con impaciencia.) Las diez y media ya.

INFANT. ¿Qué te pasa? Estás inquieto... ¡Cuéntame, por Dios! ¿Quieres que te recoja luégo, y nos vamos á almorzar juntos?

FEDERIC. No, no cuentes conmigo. Hoy es para mí un día nefasto, con dificultades de tal magnitud, que no veo cómo saldré de ellas. Mi sistema, ante estos tremendos compromisos, consiste en la ausencia de toda previsión. En el momento crítico, discurro lo que debo hacer... y hecho. Obro por inspiración. En presencia del enemigo que me acosa, siento en mí algo del genio militar, y me descuelgo súbitamente con una combinación rápida y salvadora.

INFANT. ¡Tremenda vida! ¡Pobre amigo! Anoche, al salir del Círculo para venir acá, me dijo el primo de Villalonga que la suerte, ¡bribona! se había portado contigo infamemente.

FEDERIC. (Sombrio.) ¡Sí... noche más negra! Debí prever el desastre, pues cuando nos amenaza un día de prueba, la noche que le precede es siempre una noche de perros.

INFANT. Querido, á todo trance es preciso que pongas término á esa vida de angustias... No me digas que no puedes; no me digas... Ten presente cuánto te queremos todos tus amigos. ¿No te inspiro yo confianza?... ¡Hombre, por María Santísima! Pues qué, ¿yo no merezco?... ¡Tu amigo de la infancia... el que

fué tu camarada en la escuela, en el colegio, en la Universidad...!

FEDERIC. No hablemos de eso.

INFANT. ¿Y si yo insistiera en hablar y en pedirte que me confíes tus dificultades y en ayudarte á vencerlas?

FEDERIC. Te lo agradecería; pero no quiero perder tu preciosa amistad.

INFANT. ¡Perderla!

FEDERIC. Sí, perderla. Yo me entiendo. Los favores de cierta clase se pagan con el aborrecimiento. Querido Infantillo, cada cual es como Dios le ha hecho. Cuando un hombre padece ataques más ó menos agudos de esa terrible enfermedad que se llama insolvencia, si quiere conservar los amigos, lo primero que tiene que hacer es no deberles nada. Yo no puedo evitar que se apodere de mí una aversión insana hacia toda persona decente que viene en mi auxilio cuando me estoy ahogando. En fin, punto final.

INFANT. (Aparte.) ¡Qué hombre estel! El orgullo le acabará. (Alto) Pues quiera Dios que este día nefasto termine sin ninguna catástrofe. Para todo, para todo, ¿lo entiendes? cuenta conmigo. Verás cómo sales bien.

FEDERIC. Saldremos... sí. Hay fe en la Providencia. ¡Qué día, chico, qué día! ¡Mentira parece que tantos y tan diferentes males quepan dentro del término breve de unas cuantas horas! Porque á las dificultades de cierto género, pasajeras, sí, y de poca importancia, debo añadir hoy... Vamos, ¿te lo cuento?

INFANT. Hombre, sí. Venga.

FEDERIC. Pues... Ya sabes dón de vivo... Algunas noches, á la hora en que nos recogemos los madrugadores, es decir, los que nos acostamos de madrugada, me has dado convoy hasta la puerta de mi casa. ¿Recuer-

das que frente por frente á mi puerta hay un letrero que dice: *Santana. Géneros del Reino y extranjerros?*

INFANT. Sí; una tienda de ultramarinos. ¿Y qué?...

FEDERIC. Espérate. Más arriba del letrero, hay dos ventanas. Allí tiene su escritorio ese animal.

INFANT. ¿Qué animal?

FEDERIC. El tendero. Déjame seguir; el cual es tío de un sobrino... y éste, el sobrino... hortera de unos veinte años, guapín, sentimental, con el romanticismo dui-zón de una libra de pasas convertida en persona, tiene el atrevimiento de hacerle guiños á mi hermana.

INFANT. Ah! ya...

FEDERIC. Y no es eso lo peor... lo terrible, querido Manolo, es que Clotilde se deja querer de semejante aborto... Ayer lo descubrí, y me volé. ¡Escena terrible en mi casa! Tengo que hacer un escarmiento en esas mujeronas que me sirven...

INFANT. Cuestión delicada es esa... Considera que tu hermana no vive en la esfera social que le corresponde. Está en la edad crítica del amor. No ve á nadie... ha visto á ese chico...

FEDERIC. (Irritándose.) Cállate, ¡Mi hermana dejándose impresionar por un tipo semejante! Quitá; déjame. Tú conoces mis ideas; soy un botarate, un vicioso; pero hay en mi alma un fondo de dignidad que nada puede destruir. Llámalo soberbia si te parece mejor.

INFANT. Pues lo llamo, sí.

FEDERIC. No tolero que un vendedor de aceitunas ponga los ojos en Clotilde, y me resigno menos á que ella guste de semejante zascandil... Anoche... aún me dura el coraje, la excitación que el caso me produjo... al

retirarme á casa, sorprendí al tipo ese, que furtivamente abría la puerta de la calle para salir...

INFANT. De modo que se colaba...? Y tú... (señal de agresión) le...?

FEDERIC. Le agarré del pescuezo... cree que si el sereno no me le quita de las manos, allí acaban sus atrevimientos y la mengua de mi nombre y de mi casa.

INFANT. Serénate... considera... Se comprende que no te agrade la elección de tu hermana. Pero fíjate en las circunstancias. ¿Acaso la has puesto tú en condiciones de elegir?

FEDERIC. ¡Malditas circunstancias! Sólo sirven de tapadera infame para cubrir los ultrajes al honor. Que mis ideas son anticuadas en este particular, lo sé, lo sé; pero... ¡qué remedio! Aunque me llames extravagante, te diré que no me cabe en la cabeza la igualdad. No soy de esta época, lo confieso; no encajo, no ajusto bien en ella. Ya conoces mi repugnancia á admitir ciertas ideas muy en boga. Eso que en lenguaje político se llama *pueblo*, yo lo detesto, ¡qué quieres que te diga! y no creo que con la gente de baja extracción, vayan las sociedades á nada grande, hermoso, ni bueno. Soy aristócrata hasta la médula; lo heredé de mi madre... Créelo; eso de la democracia me ataca los nervios. Gracias que no es verdad, ni hay tal democracia, pues si la hubiera, ¡Dios nos asista!

INFANT. ¿Que no la hay? Tu hermanita te sacará de dudas.

FEDERIC. Prefiero verla muerta.

INFANT. Piénsalo bien. Esas cosas se dicen pronto; pero luego la señora realidad nos pone los puntos sobre las íes... Cálmate. Te afanas sin motivo. Examina-

das con serenidad, tus desdichas no son tan fieras como las pintas.

FEDERIC. Es que aún hay más, Manolo.

INFANT. ¿Más?

FEDERIC. Te aseguro que... Hoy, poco antes de salir de casa, recibí una carta de mi padre, anunciándome que llega mañana á Madrid.

INFANT. Tu padre... ¿y qué?

FEDERIC. Pareces tonto... Mi padre. Y sigue la mala. ¿Á qué vendrá?

INFANT. Pues, hombre, vendrá... á verte.

FEDERIC. Es mi padre, y no puedo decir contra él ninguna palabra ofensiva... Pero hartó sabes que nunca viene á Madrid sino para negocios y combinaciones que á mí me desagradan, me lastiman...

INFANT. Sí, ya... sé.. Por ahí suelen llamarle *el cometa*... ¿Pero á tí qué te importa?

FEDERIC. ¡Que qué me importa! Confíesame, querido Infante, que soy el hombre más digno de lástima que hay bajo el sol. (Entra Leonor presurosa por la derecha, abrochándose la bata.)

ESCENA III

LOS MISMOS; LEONOR

LEONOR. ¡Hola, micos! (A Federico.) Dispensa el plantón. (A Infante.) Y usted, niño simpático, sepa que se le quiere. ¡Viva la gente de arranque! Los billetes aquí, y el diplomático más corrido que una mona.

INFANT. No me lo agradezcas á mí, sino á él, á su fatuidad.

LEONOR. (Despidiéndole.) Con que... mil gracias, y...

INFANT. Ya, ya sé que estorbo...

LEONOR. Usted no estorba nunca: no, no; pero... cuanto más

pronto se largue, mejor... Confianza se llama esta figura...

INFANT. Abur, abur.

LEONOR. Y mil gracias otra vez. (Empujándole hacia la puerta.)

INFANT. Ya, ya me voy. ¡Infeliz amigo!

ESCENA IV

LEONOR, FEDERICO

LEONOR. Hay que echarte memoriales para verte. ¿Cómo estás? ¿Á ver esa carátula? ¿Palidéz tenemos, y ojos tristes?... ¡Ay, ay! ¡Pobrecito de mi alma! (Se sienta en un sofá.)

FEDERIC. ¿Y tú, qué tal?

LEONOR. Ya lo ves: vendiendo vidas. ¿Recibiste mi papel?

FEDERIC. Claro que lo he recibido, pues aquí estoy.

LEONOR. Pues te llamé... Verás... Supe ayer por Torquemada lo que te pasa, y la que te tiene armada para hoy ese pillo. Me entraron ganas de echar un capote por tí, como tú lo has echado por mí, cuando me he visto en la cuna de la fiera.

FEDERIC. Conozco tu buen corazón y tus desplantes de generosidad. Puesto que entre los dos hay confianza, hablemos. Nunca siento ante tí el embarazo que estas materias me producen ante otras personas con quienes tengo amistad.

LEONOR. Es que yo soy tu amiga... de la entraña, y los demás lo son de aquí. (Tocando la punta de la lengua.) Estoy contenta: esta mañana te eché las cartas, y en ellas ví que saldrías bien del soponecio.

FEDERIC. ¡Qué célebre! (Riendo.) ¿Y qué te dijo el náipe?

LEONOR. Primero salió *disgusto grande*... ya sabes, el *siete de espadas, en un corto camino, cuerpo y pensa-*

miento de un hombre moreno. La cosa era bien clara.

FEDERIC. Clarísima; ya lo creo.

LEONOR. No lo tomes á broma. Pues encendidas las velitas y dichas las santas oraciones, eché *lo que ha de venir*; y ¿qué creerás que salió? Pues *recelo por la mañana*, el caballo de bastos, que eres tú...

FEDERIC. Yo soy...

LEONOR. Salió después *la mujer de buen color*... que soy yo... y, por fin, el tres de oros... ¿Sabes tú lo que significa el tres de oros?

FEDERIC. Debe de significar una cosa muy buena... Pero vamos al grano, Leonorilla, que no hay tiempo que perder. ¿Tienes...?

LEONOR. ¿Vil metal? eso que el marqués llama *el nervio de las naciones*? No, hijo mío; estoy como el Gobierno. No tengo una peseta.

FEDERIC. Entonces... ¿á qué me has llamado? Yo creí que nadabas en la abundancia.

LEONOR. No, mico, yo no nado... en nada. Pero tampoco me ahogo en poca agua.

FEDERIC. Expícate.

LEONOR. En fin, muy poco tengo disponible; pero... dinero hay.

FEDERIC. ¿Dónde?

LEONOR. Qué sé yo... por ahí... en cualquier parte. Y habiéndolo, lo traeremos acá. Para no cansarte, haré lo que el Gobierno, *piznorar*. ¿No se dice así? Tengo alhajas, y buenas. Mira, tonto, la sota de espadas junto al tres de oros quiere decir que *la mujercita de buen color* se atufa, trinca sus joyas, y se va con ellas á Peñíscola. ¿Te parece bien?

FEDERIC. Paréceme atróz, y lo acepto por la terrible *torde*

la necesidad, con pena, pero sin rubor. Pásmate, como se pasmaría el mundo si lo supiese. ¡Qué extrañas relaciones estas! No somos amantes, lo fuimos. Somos amigos tan solo; pero esta amistad nuestra es un fenómeno *psicológico* que... ¿Sabes lo que es psicológico?

LEONOR. Pis... pis... (Sin poder pronunciarlo.)

FEDERIC. Quiere decir *del alma*, un fenómeno...

LEONOR. Mira, (Con ademán de pegarle.) Haz el favor de no llamarme á mí fenómeno... ni tampoco á nuestra amistad.

FEDERIC. Quiero decir que esto nadie lo entiende más que nosotros. Por nada del mundo acepto yo, de un amigo de mi clase, ciertos favores. ¿Por qué los acepto de tí, sin que mi decoro se sienta herido? No puedo explicármelo. ¿Qué significa esta fraternidad que entre nosotros existe? ¿Se funda quizás en nuestra degradación? Yo envilecido, tú también; nos entendemos en secreto. Tal vez si tus auxilios se hicieran públicos, yo los rechazaría con horror... Y yo me pregunto: esta amistad nuestra, ¿no es de la mejor ley? No habrá en ella, escarbando mucho, algo á que pueda darse el nombre de virtud? No... ¡qué desvarío!... no puede ser.

LEONOR. No te devanes los sesos por encontrar el nombre de estas cosas... Son cosas, bien claro está... ¡cosas de la vida! ¡Cosas!

FEDERIC. Eso... cosas. ¡Qué confusión! Seremos tú y yo tan malos como parecemos?

LEONOR. ¿Quieres callarte?

FEDERIC. No es por alabarme; pero conviene recordar que yo también supe ayudarte en trances críticos de tu vida.

LEONOR. Justo, como yo á tí ahora. En fin, bueno debe de ser esto, porque yo, aunque corra mis temporales, siempre tiro hacia tí, como la cabra al monte. Cuando pasan muchos días sin verte, estoy intranquila; y si oigo decir que caes enfermo, me pongo de mal temple. Me enamoro de éste, del otro y del de más allá; poco me importa engañar cien veces al que más me entusiasma, y encajarle un sin fin de mentiras. Pues no teniendo amores contigo, como no los tengo, primero me corto la lengua que decirte una falsedad.

FEDERIC. (Aparte.) Sí, sí; en cuestión de amores, ella rueda por su lado, yo por el mío, y venimos á juntarnos en este punto inexplicable de nuestra confianza, que es para mi alma un gran consuelo.

LEONOR. (Que le ha observado cariñosamente, tratando de penetrar el objeto de su meditación.) ¿En qué piensas, monín?

FEDERIC. En algo que á mí me pasa.

LEONOR. ¿Amores? Ah! pizpireto, no me lo niegues. Como no tenemos lío, puedes contarme tus penitas. Dime, ¿á qué señora engañas ahora, pillo? Porque señora ha de ser, y de las buenas.

FEDERIC. Pues... algo hay. Pero la confianza contigo tiene su excepción, y lo que es el nombre no esperes que te lo diga.

LEONOR. Bueno: guárdatelo. No le vaya á dar el aire. ¿La quieres mucho?

FEDERIC. Te diré... Me gusta. Es mujer hermosa, apasionada, muy superior á lo que yo merezco... Pero...

LEONOR. Pero... el perito ese quiere decir que no te entusiasma.

FEDERIC. Despierta en mí ilusión de amor. Pero no sé qué barrera, qué zanja infranqueable me separa de esa

mujer. Quizás sería mi felicidad si entre ella y yo pudiera existir esta confianza, esta sinceridad, este abandono mutuo de los secretos más penosos de la vida. Mi alma se divide... la parte que tengo aquí me vendría bien allá... para completar lo otro.

LEONOR. ¿Y piensas llevártela, canallita? Pero no nos des-cuidemos, hijo mío. (Llamando á la criada.) Lina. (Entra ésta.) Tráeme mis colgajos... (Dándole unas llaves.) Todas, todas. (A Federico.) Aquí escogeremos... (Vase la criada.)

FEDERIC. Ya ves que te hablo de mis... cosas, como tú dices. Cuéntame las tuyas.

LEONOR. ¡Ay! ¡las mías! son tan públicas, que en rigor, más que contarlas, debiera... desmentirlas, para figurarme que no son verdad.

ESCENA V

LOS MISMOS; LINA

LINA. (Trayendo varios estuches de joyas en un pañuelo.) Esto es lo que había en el armario de luna... Sabes? ahí está.

LEONOR. (Alarmada.) Quién?

LINA. ¡El marqués!

LEONOR. (Envolviendo las alhajas en el pañuelo y dándolas á Federico para que las oculte.) ¡Maldita sea su estampal! (A Lina.) Por nada del mundo le dejes entrar aquí. (Dirigese á la puerta amenazando con el bastón de Federico.) Mira: le metes en mi cuarto, le dices que no estoy; que espere allí. (Vase Lina.) No es por nada... No le temo ni me importa. Pero es una de nuestras primeras chuchas... No quiero que se entere...

FEDERIC. No, por Dios...

LEONOR. Ya, ya entra. (Escuchando en la puerta del fondo, cerrada.) En todo quiere meterse, y si viera esto, la matraca sería tremenda. (Volviendo al sofá.) No temas... Lina le entretiene.

LINA. (Entrando por la derecha.) Ya está allá!

LEONOR. ¿Qué cara trae?

LINA. La de siempre, la fea. (Suena la campanilla.)

LEONOR. ¡Ay! ay! Apuesto que es *Ojirris*. Ahora que quiero estar sola...!

LINA. ¿Le abro?

LEONOR. ¿Será *Ojirris*?

LINA. Sí: le conozco en la manera de llamar. (Vuelve á sonar la campanilla.)

LEONOR. Corre, dile que se vaya y vuelva... No, no; dile que estoy en casa de mi prima, y le espero allá. (Sale Lina por el fondo. Leonor cierra la puerta y escucha.) Ya, ya va bien despachado... ¡pobrecito!

FEDERIC. Díme... ¿Pero quién es... *Ojirris*?

LEONOR. Perico, hombre, *Perico el gaditano*. Le llamo así porque bizza un poco del derecho.

FEDERIC. Ya...

LEONOR. Esto sí que es raro... Ya ves. El marqués loco por mí, y yo loca por ese mequetrefe. Es tonto, perdido, feo; y sin embargo, estoy loca por él. Lo que no quita que un día sí y otro también tengamos bronca. Ayer le tiré una bota á la cabeza, y le hice sangre en la frente. Después no tenía yo consuelo. Anoche, monos; perolúego tocamos á reconciliación.

LINA. Se va refunfuñando. Allá te espera. (Vase.)

FEDERIC. ¡Qué misterio en los afectos humanos! ¡Y hay quien pretende reducirlos á reglas y encasillarlos como las muestras de una industria!